

Theatro

de la gentilidad

«EL PIANISTA»

Manuel Vázquez Montalbán
Seix Barral (Biblioteca breve)
Barcelona 1985

CON LICENCIA



Se recuesta en la butaca pulcra, con cabezal de encaje, el pianista... Con un pie todavía en lo más sórdido del relato y el otro en la placidez sugerida por la imagen (*butaca pulcra, con cabezal de encaje*), deja Vázquez Montalbán definitivamente abandonado al protagonista de su historia hacia el final real de la misma, situado en la página 102, por más que el libro cuente con cerca de trescientas.

Andamos de delante hacia atrás, sí. No en vano desde el segundo párrafo —y seguramente para que nadie se puede llamar a engaño— se nos habla de *muerte anunciada* como primer aviso.

Lo más inquietante de esta novela proviene de que cuando el lector la cierra por donde, al contrario de lo que generalmente sucede, debería de haber sido aproximadamente el principio, le queda la sensación de que acaba de pasar por todo un proceso de travestismo en el que sospecha que incluso él —el lector— se ha visto, sin apenas darse cuenta de ello, involucrado en cierta medida. Pero aquí el travestismo sexual no llega ha constituir siquiera un punto de referencia. Se trata de otros travestismos: travestismo cultural, social, político —¡tan despiadadamente expuesto!— ideológico, etc., y muy especialmente el consistente en la operación quirúrgica a que el lector se ve sometido al consentir en andar como los cangrejos a lo largo de doscientas ochenta y tres páginas.

Con un oficio de escritor que ya quisieran para sí sus críticos y una clara conciencia de lo que debe ser —y no siempre es— la novela en nuestro tiempo, Manuel Vázquez Montalbán escribe desde la perspectiva de quien sabe que el vídeo, el cine y la televisión existen, y que por tanto, en la novela se debe hacer especial hincapié en todo cuanto sería poco menos que

imposible transmitirlo —o sugerirlo— por medio de la imagen y el diálogo.

El lenguaje de Vázquez Montalbán es, en esta novela, siempre nuevo, casi inédito, recién creado. Pero también preciso. Bordea incluso el rebuscamiento. Ejemplo: *...el merodeo de los ojos se le meten en una espiral de mareo y se derrumba: Aportó Andrés su propia nariz al comentario; Soy un pianista y no sólo los saben mi cerebro y mis manos...*

Y así, párrafo a párrafo, se requiere una vez y otra nuestra participación activa para que el relato pueda tener sentido y para que el héroe (¿) del mismo, el pianista, puede erigirse en tal legítimamente. Es el lector quien se ve obligado a rescatarlo, a traerlo a primer plano con toda su dimensión humana desde el último término en que —salvo en el final real de la novela— Vázquez Montalbán nos lo presenta anodino y apocado, envuelto generalmente en climas más bien brumosos.

«El pianista», por otra parte, constituye —o al menos pretende constituir— una despiadada requisitoria a la forma de sociedad en que vivimos y a quienes la consideran —o dicen considerarla (y va de tópico)—, «el menos malo de los sistemas de los sistemas conocidos». Con ello queda de manifiesto el compromiso del novelista. *Ratas rabiosas de la cloaca del sistema*, escribe. Y al lector le queda la sospecha de haber sido también aludido juntamente con los navajeros y toda la jarca de oportunidades y granujas a quienes el autor se refiere explícitamente.

Con todo, «El pianista», más que sabernos a poco —ojalá así fuera—, nos sabe a cierto desentendimiento frente a algunas situaciones, cual sí el autor no considerara necesario profundizar en ellas. Los personajes que nos pre-

senta en la segunda parte, por ejemplo, nos lo muestra sólo en sus exterioridades a lo largo de ese viaje por las terrazas —no del todo original, que digamos— al que Vázquez Montalbán pudo haber sacado mucho más partido. Le sobra maestría y talento para ello, y para haber evitado que el reencuentro de Albert y Teresa resultara tan propio de folletín. Habría sido sólo cuestión de revestirlo de una mayor verosimilitud.

Se trata, estoy seguro, de una novela que supondrá un hito en la obra de Vázquez Montalbán; pero que, lamentablemente, por falta de cierta entrega y, sin lugar a dudas, de tiempo dedicado, no habrá supuesto todo lo que pudo suponer, por poco que su autor se lo hubiera planteado como meta, para la novelística española de nuestra época.

Andrés Salom

LA POESIA ELEGÍACA DE ELOY SANCHEZ ROSILLO

Tras *Maneras de estar solo* (1978)¹ y *Páginas de un diario* (1981)², aparece ahora el tercer libro de Eloy Sánchez Rosillo, que, con el título de *Elegías*³, frente a los anteriores, presenta una nueva dimensión estética de su poesía, desprovista ahora del inquietante sentido de la soledad y de la notable fuerza narrativa de sus libros anteriores. Permanece, sin embargo, el personalísimo sentido de la claridad como forma de expresión poética, tan elogiado por Mariano Baquero Goyanes⁴, y, prescindiendo totalmente de la poderosa evocación poético-histórica, se centra ahora en una interpretación en clave de elegía de la naturaleza, la vida, el tiempo y la poesía.

La elegía es género bastante olvidado en nuestros días. La fecunda tradición castellana iniciada en el otoño de nuestra edad media y que